

Autobiografía intelectual de Manuel Martín Serrano

Los tiempos que han traído nuestro tiempo

De los coordinadores

Esta autobiografía esclarece el sentido que tiene la creación científica en la vida de Manuel MARTÍN SERRANO y al hacerlo, revela cómo estamos preocupados por la aventura del conocimiento, las gentes que ahora compartimos y antes compartieron con él, la misma época existencial. MMS sugiere que nuestro tiempo se ha conformado por el transcurso de dos épocas diferentes: En España la primera de ellas abarca la dictadura franquista y la transición democrática, que concluyó hacia 1982. Es *"Del tiempo del silencio al de la esperanza"* Le sigue la segunda época, en la que estamos desde entonces: *"Del tiempo de la esperanza al de la humanización"* Es nuestro presente y previsiblemente se prolongará durante generaciones. Dice el Autor que son dos periodos indisociables; y que sin embargo el tránsito de uno al otro ha supuesto una rotura histórica.

Manuel MARTÍN SERRANO describió *"Del tiempo del silencio al tiempo de la esperanza"* en el monográfico que le dedicó la revista *Anthropos* en 1984. La vivencia

de aquel fascinante proceso, se recoge resumida, pero sin ninguna adenda. *"Del tiempo de la esperanza al de la humanización"* completa su autobiografía intelectual hasta la fecha y está escrito para este monográfico que le dedica la revista Chasqui. El testimonio de MMS ahora -cuando su obra está alcanzando los mayores logros- proporciona una perspectiva amplia y abierta de cómo se ha hecho nuestro presente: muestra formas de crear y de transmitir el saber, que son opciones requeridas para esclarecer nuestro futuro.

PARTE PRIMERA: DEL TIEMPO DEL SILENCIO AL TIEMPO DE LA ESPERANZA

Por Manuel Martín Serrano

(Resumen del texto publicado en la Revista *Anthropos*, número 41-42: Monográfico dedicado a Manuel Martín Serrano. Barcelona, 1984)



1. Frente al espejo

Cualquier biografía, como el espejo, sólo devuelve una imagen; y la autobiografía es imagen en un espejo poco frío. Enfrentado yo con el espejo de mi propia historia, me reconozco, pero no me identifico con estas líneas biográficas: mero relato de un modo de mirar que, como cualquier otro, sustituye al sujeto por un signo de sí mismo. Pienso yo, que de la mirada autobiográfica sólo tiene interés para ti, lector, la forma de mirar del otro, porque a veces, en la mirada reflexiva de la autobiografía, se desvela que la producción intelectual tiene un sentido inefable para el público; al menos ese otro sentido que el propio sujeto atribuye a su experiencia. [...] Porque la obra científica, cuando es respetuosa con el lector, desvela una visión del mundo, pero en el silencio de entrelíneas; sólo si su autor es lo bastante inoportuno y presuntuoso puede, en ocasiones, pregonar algún mensaje. [...] Si su curiosidad y su cortesía le animan a seguir leyendo, encontrará en estas líneas datos de una experiencia vital individual, y, sin embargo, común con otras personas de mi edad y de mi entorno. Generación llamada de posguerra, que para mi desaparecido amigo Martín Santos, lo fue del tiempo del silencio, cuyos protagonistas, como los Trobiant de Sartre, cada cual a su manera trató de hacer algo consigo mismo a partir de lo que con nosotros se hizo. . [...]

2. Protomitos y mendelismo

Nací en Madrid en 1940. Mi primera infancia me proporcionó una experiencia que pocas personas de mi edad han conocido desde dentro. He vivido en una comunidad donde todavía regían las relaciones sociales del feudalismo. Mis abuelos eran administradores de una enorme finca en la sierra de Córdoba, junto a otra en la que pasó largas temporadas Ortega y Gasset. Catorce familias vivían a la luz del candil, sin otro medio de transporte que la caballería o la tartana, bajo un régimen de prestación de servicios mutuos, en el que circulaba poco el dinero, y aún menos los medios de comunicación. El domingo nos ponían de limpio, para recibir al señor cura que aparecía con un bonete rojo en una calesina tirada por cuatro caballerías, arrojando bendiciones y caramelos a los niños, para decir la misa en la misma iglesia de la que fue canónigo, en siglo más próspero, don Luis de Góngora y Argote. En el buen tiempo, alguna vez venían a cazar personas procedentes de otro mundo, que traían grandes jaurías de perros; señores a quienes se les besaba las manos y para quienes los gañanes de la finca preparaban gigantescos peroles de arroz con la carne de la caza. El resto del tiempo aquel paraíso era nuestro: nuestros los enormes bosques luego desforestados, donde aprendí el nombre árabe de las

plantas que luego olvidé; nuestros los palomos y los conejos domésticos, que me dedicaba a cruzar para cambiar su color, siendo este experimento el primero que hice, pero no del que me siento menos orgulloso. Cuando anochecía, junto al fogón de la cocina comunal, o cuando las mocitas pelaban las avellanas en un patio emparrado, se contaban historias que nadie ha recogido, en las cuales el sexo, el trabajo, la riqueza y la muerte, a diferencia de lo que ocurría en la vida cotidiana, no torcían su naturaleza ni ante Dios ni ante los poderosos.

3. El asalto a la Razón

[...] Cuando esa propiedad cambió de dueño, mis familiares emigraron a Córdoba y para mí se cerraron las puertas del paraíso infantil. Un pariente cura me consiguió una beca para estudiar en el colegio de San Antón de Madrid. Las clases todavía tenían las rejas de su anterior uso como prisión; por las mañanas cantábamos el «Cara al Sol» (el himno de la Falange) oíamos misa, comulgábamos a cambio de unos «vales» que resultaban imprescindibles para renovar la beca, y teníamos un breve recreo, en patios separados “los de pago” y “los gratuitos”, donde la refinada crueldad de la que son capaces los niños frustrados, se ensañaba en los débiles y en los diferentes. De aquellos años amargos sólo puedo hacer regresar a mi memoria el espacio prohibido de la clausura, cuyas galerías llenas de cuadros del XVII y XVIII me fascinaban; y el tiempo empleado con aquellos amigos -José Manuel, Ramón- en defendernos de la asfixia vital de las aulas y de la miseria moral de la enseñanza. . [...]

Al traspasar la puerta del colegio, nos dábamos de bruces con el entorno galdosiano de la calle de la Farmacia, poblado de personajes de carne dolorida y hueso enteco. Fabricábamos un periódico clandestino que se llamaba El último rebuzno del cura para el que, por primera y última vez en mi vida, trabajé como reportero, entrevistando con la audacia de los doce años a la vendedora de castañas, las prostitutas de la calle de la Ballesta, a la vieja marquesa loca de pelo teñido de rosa, que era la madrina del colegio; y el día de san Antonio Abad, a los arrieros de Hortaleza, que todavía conducían sus asnos para entregarles al bautismo animal en la fuente de los Dos Delfines y para que se refocilasen con la paja bendecida. Aquellas gentes de trapío respondían a nuestro inocente descaro con asombro o regocijo, pero nunca con desdén ni irritación; salvaron con su tolerancia nuestra dignidad y autoestima, como no supo hacerlo con su rigidez ninguno de nuestros profesores. Evoco esta anécdota intrascendente, porque muestra cómo el niño es capaz de reinventar el surrealismo para reducir al absurdo una realidad castrante. . [...]

4. La voz a ellos debida

Al terminar las clases, ya cumplidos los catorce años, estudiaba en la biblioteca pública que existía en el Hospicio de la plaza de Tribunal. Por alguna maravillosa negligencia los fondos acumulados durante la República ni habían sido destruidos ni archivados. Un bibliotecario anciano me los prestaba bajo otra rúbrica, en el caso de que considerase que su lectura me iba a ser beneficiosa, lo cual sucedía todas las veces. Así fue como, en aquellas tardes silenciosas, leía obras que a veces no podía comprender, pero que iban desbastando mi tosca hechura de colegial a golpes, a veces dolorosos, de otras ideas que no venían en los textos. Leí a Darwin, a Freud, a Espinoza, a Voltaire, a Rousseau, a Goethe, a Baudelaire, a Rimbaud; y a Calderón, Alarcón, Garcilaso, Boscán, Galdós, Lorca, Baroja y Valle Inclán. Aquel vicio prohibido me costó, cuando cumplí los quince años, la expulsión del colegio: se descubrió en mi pupitre Así hablaba Zaratustra. La condena se me impuso después de ser sometido a un juicio sobre mi iniquidad que ya no podía tocarme.

Terminé el bachillerato en el instituto público Cardenal Cisneros, donde descubrí otra imagen distinta de mí mismo. En el Instituto se estimulaban esas mismas aptitudes y actitudes que tantos problemas me habían ocasionado en el colegio. A los dieciséis años terminé el preuniversitario de letras y de ciencias, pero sobre todo, había aprendido a respetarme a mí mismo.

En el curso nocturno del Instituto hice amistad con compañeros mayores que yo. Nos reuníamos todos los domingos, y lo seguiríamos haciendo después durante varios años, en el Café Viena, donde manteníamos una tertulia poética y filosófica tan decimonónica como el local. Allí leyeron sus primeros versos algunos Adonais, discutieron del origen del hombre varios catedráticos de universidad, y asomó la rebeldía de otros entrañables amigos, más sensibles que los demás, que se perderían en el camino de la locura o de la muerte.

Las circunstancias familiares me obligaban a hacer una carrera universitaria corta. Ignorante de mi ineptitud, me matriculé en aparejadores. [...] Sin embargo, traicioné desde el principio de curso mis propósitos de dedicarme por entero a un aprendizaje instrumental. Mi primer año de universidad transcurrió embebido en adquirir otra formación: la dirección teatral. Había hecho amistad con César López y con José Triana, refugiados cubanos desde el asalto al Cuartel de Moncada, y luego, director del Teatro Nacional cubano el primero, y premio «Casa de las Américas» el segundo. César había

estudiado dirección escénica en el Actor Studio, y montó en España varias obras de autores americanos, temiéndome a mí como ayudante y enseñándome generosamente la técnica de Stanislavski. El lector que conozca las metodologías que he elaborado para el análisis de los relatos, descubrirá fácilmente en ellas la huella de aquellas descomposiciones de los roles teatrales en función de los objetivos de la acción dramática; aunque entonces yo estuviese lejos de sospechar que mi preparación para la dirección teatral iba a prolongarse por otros usos tan diferentes.

El teatro fue una de las facetas que Manuel Martín Serrano desarrolló en su juventud. A partir de su formación escénica, se ha desarrollado, también, su teoría de la comunicación como espacio de roles, de actores y de un libreto que se puede configurar.

Había hecho una elección errónea en los estudios, porque -creía yo entonces- mi verdadera vocación era escribir. Decidí cambiar la Escuela de Aparejadores por la Facultad de Filosofía y Letras, el único centro donde suponía que los estudios estarían próximos a mis intereses. El verano de 1957 trabajé en una mina de antracita de Fabero, y ahorré lo suficiente para seguir el siguiente curso mi inclinación, sin cargos de conciencia respecto a mi familia. Fue en la mina, y no en el aula, donde me descubrieron a Brecht unos hombres que creían en la palabra, pero que no pensaban que sólo nos quedase la palabra. Me hicieron una pregunta embarazosa que hasta ahora no he olvidado: ¿y todo eso que tú escribes, para qué nos sirve?» [...] [..]

La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid no era precisamente un centro de innovación cultural ni de oposición política. No obstante, el SEU -Sindicato Español Universitario, al que pertenecíamos todos los estudiantes por decreto- tenía recursos económicos y la suficiente permeabilidad para que fuesen posibles algunas iniciativas atrevidas. [...] Dirigí el teatro universitario de la Facultad y estrené, entre otras cosas, El círculo de tiza, Esperando a Godot, La última



cinta de Krapp, así como dos obras más. La asistencia a aquellas representaciones era masiva, y creo que actividades culturales como aquellas, entonces muy numerosas, fueron el fermento de los posteriores movimientos estudiantiles.

5. París no era una fiesta

Aunque no estaba afiliado a ningún partido político, no era esa la opinión de la policía, y al concluir el segundo curso me fui por primera vez a París. [...] Las primeras noches me refugiaba con mi saco de dormir entre los juncos que había a la orilla de lago de la Bois Boulogne. [...] De esta situación tan crítica me sacaron un grupo de trabajadores españoles e italianos, algo mayores que yo, que habían recalado en París por diversas razones, desde las minas de la Mosèle. Se reunían en el Quai du Vert Galant, ayunos de alimentos y de sexo, discutiendo las fórmulas más inverosímiles para sobrevivir al día siguiente. Me consiguieron trabajo por las noches, primero como descargador en (el mercado de) Les Halles, luego como empleado de la limpieza en las oficinas de L' Asseguratione Generali. Por la tarde -siempre que podía sortear a «la Madame» de turno- cualquiera de aquellos amigos me prestaba su cama. Correspondía a su protección sirviéndoles de intérprete: ellos hablaban entre sí y con los franceses, en un español enguachado que reflejaba, en los nuevos modismos, la hostilidad al idioma que les segregaba: decían «embuchar», «la chombra», «el merde» por «el trabajo», «la habitación» o «el patrón». Apuntaba cuidadosamente esos términos, con la idea de escribir alguna vez una novela en el obligado estilo del realismo sociológico, único que era de recibo por aquel entonces entre los intelectuales españoles, desde que Sánchez Ferlosio escribió El Jarama. Esa es la novela inacabada que, como todo español, guardo en un cajón que nunca se abre.

Pude matricularme en La Sorbona y seguí dos excelentes cursos, uno de fenomenología y otro de lógica; los demás me parecieron retóricos. En realidad la filosofía viva no había pasado por la Rue des Écoles; se debatía con la condición de aquel tiempo que,

aunque inhumano, todavía recordaba el absurdo de la inmolación, en las cavas o en los cafés. Yo no podía frecuentar esos templos del existencialismo, ni me atraía el aburrimiento ritual que se desleía como el azúcar hasta que el café adquiriese el sabor de la nada. Cumplí mi viaje de adoración a la Kaaba de Montmartre para conocer a Sartre, y no me pareció entregado a la Náusea, como sus discípulos, sino a la militancia antiestalinista. Me impresionó la solidez moral de la persona, pero mucho más, su obra. De hecho, mi aproximación primera al marxismo fue a través de la Crítica de la razón dialéctica, donde la necesidad de transformar la sociedad se encuentra con la libertad del sujeto; y creo que ese origen existencialista de mi lectura de Marx ha perdurado hasta ahora.

La Escolástica medieval está arraigada en el pensamiento de Manuel Martín Serrano, pues esta época fue la que más prolongó el pensamiento humano para conseguir que el movimiento de las ideas se correspondiera con el movimiento de la naturaleza.

6. No siempre se pone el huevo donde se lanza el grito

Cuando regresé a España el teatro universitario me estaba ya vedado. Con pena y sin ninguna gloria, tuve que con vencerme de que mi carrera teatral había concluido. En la especialidad de Filosofía Pura me esperaba un tomismo militante, es decir, conscientemente reaccionario. Sin embargo, [...] Desde mi heterodoxia -terrible heterodoxia de entonces, existencialista, fenomenológica, es decir, epistemológica, y por lo tanto, la más peligrosa- veía la Escolástica como el esfuerzo más prolongado del pensamiento humano para conseguir que el movimiento de las ideas se correspondiese

con el movimiento de la naturaleza; confianza medieval en la razón que sintonizaba con mis propias necesidades intelectuales, y que sigue en mí arraigada: [...] la pasión por descubrir la armonía que existe entre el ser y el conocer, que nos legó la obra de Lulio.

Ni entonces, ni después, fui capaz de seguir en los estudios la línea recta. Me matriculé también en medicina, consciente de que no me interesaba el ejercicio de esa profesión; con la motivación, tal vez ideológica, de que era necesario conocer el funcionamiento biológico para comprender el cognitivo[...] Pero a veces buscando las Indias por el camino más corto, el explorador se topa con América.

En Medicina, conocí por primera vez los criterios de diseño y de prueba que se utilizan en los experimentos controlados de la genética o de la histología. Los sistemas de clasificación estructural y funcional que emplea la anatomía o la química orgánica no sólo eran formalmente casi perfectos; además permitían guiar la práctica de la investigación científica. Esa orientación de los métodos me impresionó precisamente porque ya tenía una buena formación lógica. [...] El método que seguí para identificar los modelos lógicos que existen en toda representación, era el mismo que utiliza el químico para identificar un producto desconocido: consiste en ir sometiendo el objeto de estudio -en este caso los relatos- a reacciones controladas con reactivos conocidos; en este caso, los modelos lógicos de organización de los conceptos. Aunque hace mucho tiempo que mi trabajo se lleva a cabo en el campo de las ciencias sociales, he conservado el modo de afrontar la investigación que aprendí en las ciencias biológicas[...]

7. El crepúsculo de Akademos

[...] La universidad era el único espacio donde se podía seguir incubando el huevo del conocimiento especulativo, que madura al calor de la propia insatisfacción intelectual; yo no sabía si era fecundo, ni qué especie teórica tenía dentro. Encontré mi primer acomodo como ayudante del profesor Lisarrague, en la cátedra de Filosofía Social de la Facultad de Políticas y Económicas. El nombramiento me proporcionaba una audiencia dos veces a la semana de doscientos alumnos, y un jefe afable, que me animó a modificar su programa para ajustarlo, según él decía, a mi propia formación [...] Quien me contrató, me advirtió de que había dado el primer paso hacia las cotas más altas del saber «desinteresado». Para que estuviese claro que ese amor a la sabiduría no respondía a groseros intereses materiales, la universidad nos pagaba menos de dos mil pesetas al año (la decima parte del salario mínimo de la época) [...]

8. Buscando a Dios en las cacerolas

Con la gloria de mi nombramiento subsistía el problema de comer cada día. Las personas que estaban en mi caso -formándose para ser catedráticos en un lejano futuro que podía retrasarse veinte o más años- necesitaban disponer de otro empleo que les proporcionase un trabajo honorable: es decir, el acomodo y el tiempo libre sin el cual es sabido desde los griegos que nadie llega a sabio. Obligado por la fuerza de la necesidad a disociarme entre un empleo del que vivir y una vocación intelectual para la que vivir, y muy acongojado con el vaticinio de quienes me advertían que terminaría renunciando

a la universidad, por fatiga, por falta de realimento científico, o por los cantos de sirena del dinero, me puse a buscar trabajo. Por exclusión sólo lo podía intentar allí donde se necesitase cierta competencia en la redacción. Escribí unas cartas ingenuamente académicas a editoriales, periódicos y empresas de publicidad. Para mi asombro me contrataron como redactor de textos a prueba en una agencia de publicidad. [...] Logré trabajar sólo media jornada, lo cual me permitía estudiar y atender a mis clases en la universidad. Presenté mi tesis doctoral en Filosofía sobre las relaciones entre el origen social, las aptitudes y actitudes de los jóvenes españoles, en cuya organización y ejecución me beneficié de la experiencia adquirida en las agencias para diseñar las investigaciones de mercado. Hice la Diplomatura en la recién estrenada Escuela de Psicología y Psicotecnia.

Supongo que para evitar el desdoblamiento de personalidad que suponía mi doble condición de profesor universitario y le técnico en una agencia, seguí el consejo que Santa Teresa dio a aquella hermana alejada de la capilla por las obligaciones de la cocina: transferí al objeto con el que me ganaba la vida los intereses a los que me habría gustado dedicarme en exclusiva. Tenía en el estudio de los comportamientos de consumo, cuando la sociedad española había abandonado la moral de la autarquía por la del desarrollo, un laboratorio de observación y de reflexión que la universidad no podía proporcionarme. Durante bastante tiempo me ocupé en investigar los mecanismos de la persuasión. [...] Este tema lo inicié por la vía de la psicología social y concluyó llevándome a la economía política. Trabajé en el funcionamiento de los valores (de uso y de cambio) que resultaban alterados como efecto de la aparición de la publicidad en el sistema de mercado, investigando las funciones sociales y cognitivas de los objetos.

El estudio de los valores en el mercado, me condujo al primer encuentro serio y sistemático con Marx, en el que persistí durante ocho años, incluso cuando había abandonado la publicidad[...]

9. Cortar para re-anudar

Para un observador distinto de mí mismo, la forma en la que se había ido organizando mi vida no podía ser más satisfactoria: trabajaba con provecho económico, seguía estudiando según mis inclinaciones, publicaba, investigaba y enseñaba. Ahora ya eran muy numerosos los profesores universitarios que estaban en mis circunstancias y, por la tanto, *lo sensato* habría sido prolongar esa misma situación hasta que en la universidad se



convocasen oposiciones y aún después de ganarlas. Sin embargo el coste que estaba pagando por mi disociación entre la dedicación en la empresa, que no me interesaba, y en la universidad, que no me permitía atender a mis necesidades primarias, se reflejaba en las escasas horas de sueño, en la propia insatisfacción con mi rendimiento científico, y, a la larga, en la quiebra de mi matrimonio. Me era imprescindible recobrar la distensión física y mental que había perdido en esos años. Tuve una ocasión de reflexionar, completamente fortuita que me alejó de la cotidianeidad. El uno de mayo de 1968 me envié a París la compañía en la que trabajaba, con el encargo de negociar la asociación con la multinacional Havas. Las conversaciones se prolongaron bastante, y me dejaron sobrado tiempo para meterme como espectador en medio de aquella Fronda, entre cuyos actores tenía amigos. Yo no me sentía nada convencido del porvenir político de aquella revolución de estudiantes; pero en cambio me identificaba con sus análisis éticos. Cuando subí al avión de regreso, apagados ya los ecos de las manifestaciones, había tomado una decisión. [...] Obtuve una beca de la UNESCO para perfeccionamiento del profesorado; y me trasladé a Strasbourg, nuevamente como estudiante, ahora para realizar una tesis de Doctorado de Estado.

En Strasbourg encontré esas condiciones para el trabajo intelectual que hasta entonces me habían faltado. Sin ninguna compulsión, las largas noches invernales de los Vosgos me rendían una cosecha de páginas que por primera vez me parecían claras. Me puse a la tarea que más necesitaba: sistematizar, relacionar los estudios tan diversos en los que me había ocupado los doce años anteriores, recolectados con la escasa economía intelectual de quien no concibe las ciencias como un árbol, sino como un territorio. Un cúmulo de circunstancias y de rasgos personales había determinado el que finalmente aplicase en las ciencias sociales lo que había aprendido en la filosofía, en la medicina, en la psicología, o en la economía política. A mi favor tenía las herramientas de la formación lógica, matemática y estadística, una experiencia muy útil en investigación aplicada, tanto en lo que entonces se llamaban «estudios cuantitativos» como «cualitativos», adquirida en la empresa. Con este bagaje me pareció posible articular, en torno a la búsqueda metodológica en ciencias sociales, tanto el análisis de sus fundamentos teóricos, como el desarrollo de nuevas técnicas de investigación. Acordé con el Profesor Abrahán Moles, mi director de tesis, un tema que convenía a este fin y aproveché la oferta académica del momento para completar mi información. El primer año pasé los tres primeros días de la semana en París, siguiendo

los cursos de Lacan, Barthes, Moscovici y Chombart de Lauve. El resto de la semana acudía a Strasbourg a los cursos de comunicación, y me incorporé al grupo de psicoanalistas ortodoxos que trabajaban en el Hospital General.

10. El tiempo de la esperanza

Mi tesis de Doctorado de Estado se tituló *“L’Ordre du monde a travers La TV”*. (1974) Había conseguido mi objetivo académico con la mejor calificación y tenía la opción de regresar a España o de quedarme definitivamente en Francia ejerciendo como profesor en la misma universidad donde me había doctorado. La vuelta a mi país no sólo era un regreso a otro espacio, sino también a otro tiempo[...] en el teatro, en los poemas, en las revistas y los libros, allí donde me había dirigido públicamente a los demás, no oculté mi respeto por esos valores que nos conciben a los hombres como sujetos: creencias poco apreciadas en aquel Leviatán de liliputienses que era la llamada «democracia orgánica» española. Por lo tanto los funcionarios encargados de velar por <la pureza nacionalsindicalista> de las ciencias y las artes, me honraron frecuentemente con una muy atenta lectura. Alguna obra mía se quedó inédita después de tan experta cata; otras gozaron de la corrección de ideas y de estilo de aquellos recatados censores, dispuestos siempre a negociar, como si de su propia castidad se tratase, la porción de <destape ideológico> que me podían permitir a cambio de <lo que no se podía tocar>, o de lo que <no se debía profundizar> [...]

Finalmente, y sin ninguna razón convincente que darme a mí mismo, regresé a Madrid y a mis clases en la Facultad de Políticas y Sociología. Con la perspectiva del tiempo, el motivo creo que fue participar en un cambio histórico que tenía un planteamiento con el que me identificaba. Porque en España, desde los comienzos de los setenta, la esperanza en instaurar “las libertades” –que así se decía- era motor de la acción política y urdimbre de la cohesión social. Ciertamente se daba por descontado la recuperación de las libertades formales que había abolido el franquismo. Pero eran las libertades reales el principal tema y la trabazón que unió en los movimientos ciudadanos, a tantas personas sin partido ni experiencia política. Movimientos de trabajadores, intelectuales, artistas, mujeres, estudiantes, vecinos, cristianos, e incluso sacerdotes y militares. Era una dinámica de liberación “marcusiana” (concebida por H. Marcuse) si reparamos en quienes participaban y en cómo se organizaban. Pero también lo era por los objetivos: se pretendía que en la vida cotidiana

existiesen las condiciones que son necesarias para poder ejercer esos derechos que reconocen las constituciones democráticas. Represión sexual, alienación cultural, enajenación de los sujetos en sus trabajos y en sus bienes, estaban reconocidas como dimensiones constitutivas de la explotación económica y social. Ese propósito de transformar al tiempo las instituciones políticas y las costumbres tenía un antecedente evidente en los movimientos del año 68. Pero la estrategia de la Revolución de Mayo estaba pensada para ser llevada a la práctica en sociedades con libertades y excedentes. Era otra ironía de la historia que donde realmente se intentó aplicar, fuese en países subyugados por las dictaduras y por las necesidades primarias. Antes que en España, en Portugal; y después, en Grecia.

La longevidad del dictador pospuso el cambio de Régimen político, pero no logró sofocar la libertad de pensamiento. Por ejemplo, era surrealista que las editoriales españolas en la España todavía franquista, se convirtiesen en las mayores traductoras y difusoras de textos marxistas, de todas las corrientes, incluidas las que no se podían leer en los países socialistas; y al tiempo, de las obras estructuralistas, funcionalistas, psicoanalíticas, etc. sin restricción ideológica alguna.

Encontré una Facultad plena de vitalidad. Me incorpore para explicar la asignatura de Cambio Social; un encargo que implicaba, por acción u omisión, ineludible influencia en las ideas de los estudiantes. [...] En aquellos cursos fue donde he recibido una compensación intelectual mayor por mi trabajo docente. Comprobé que un tratamiento riguroso de las ideas, incluso en aquellas circunstancias tan proclives a la simplificación, seguía siendo la única forma en la que un intelectual puede asumir un compromiso político. Expliqué la teoría marxista del cambio (y además, las de Comte, Durkheim, y los teóricos del conflicto), utilizando exclusiva-mente las fuentes originales, respetando escrupulosamente la terminología tallada en encina que caracteriza a Marx. Sin embargo, a estas clases tan duras, acudían de todos los cursos más alumnos de los que cabían en el aula. Ningún oyente me preguntó por mi filiación política, ni yo mostré jamás las pruebas de limpieza de sangre democrática, con las que otros compañeros compraban la benevolencia pero no siempre el respeto. En aquellos años conocí como alumnos a varias de las personas que ahora son mis compañeros de trabajo en el mismo Departamento.

Contrariando mi naturaleza independiente y más dada a la reflexión que a la acción, me pareció que

en aquel momento, para contribuir al esfuerzo de tantos otros comprometidos para restaurar las libertades en nuestro país, no podía continuar siendo un francotirador. Como se decía entonces, me <organicé>. Cuando el trabajo político se convirtió en una actividad legal y profesionalizada, también como tantos otros, me salí de ese escenario, para volver a desempeñar mi papel en el mío; sin abandonar ninguna de las convicciones éticas y sociológicas en las que entonces creía y ahora sigo creyendo[...]

En 1976 se convocó el concurso para ocupar la cátedra de Teoría de la Comunicación por el procedimiento de la oposición. La obtuve y con ella, la estabilidad de un empleo vitalicio, que permite proponerse objetivos de investigación y de creación teórica a largo plazo. En lo institucional, la responsabilidad y la ocasión de fundar un Departamento, seleccionar y contribuir a formar su profesorado y aportar los contenidos de un campo de estudios nuevo en la Universidad española. Era la cara universitaria y científica que para mí tenía el tiempo de la esperanza.

PARTE SEGUNDA: DEL TIEMPO DEL SILENCIO AL TIEMPO DE LA HUMANIZACIÓN

Por Manuel Martín Serrano

11. De la libertad para hacer ciencia y de la ciencia para la libertad.

Por aquel entonces en España alcanzaba su clímax el rearme intelectual y ético que se había producido para derribar al franquismo. Había lugar para trasladar ese talante a la Universidad. En mi caso, tuve claro cuál era el modo de hacer ciencia y de enseñar con el que me identificaba y me proponía seguir aplicando en la función académica que se me encomendaba. Me detendré lo justo en esos orígenes y en las experiencias existenciales que con ellos se relacionan.

Los estudiantes que nos formamos en el bullir de los encuentros epistemológicos entre marxismo, existencialismo, psicoanálisis y estructuralismo, teníamos la siguiente visión: los conocimientos sobre los seres humanos y sus sociedades siempre tienen consecuencias prácticas, porque antes o después se aplican; ya sea para controlar, ya sea para emancipar. Asumimos que la creación científica es una actividad que contribuye a la liberación individual y colectiva. Ahora, cuando está en curso una de las renovaciones de las ciencias y de las tecnologías más determinante del futuro, me



reafirmo en el valor que tiene esa percepción del trabajo científico. Considero que es un legado que tenemos que transmitir a quienes nos hereden.

Mayo del 68 fue una revolución estudiantil con mucho ímpetu, pero que cinco años más tarde se diluyó. Todavía quedan ecos de esa gesta parisina, pero lo demás terminó en la reconversión neoliberal que primó en Europa, algo a lo que la Escuela de Frankfurt temía y veía como pesadilla.

El vínculo que existe entre abrir los grados de libertad de las ciencias y ampliar las opciones de libertad real, era una obviedad, al menos para quienes utilizábamos las nuevas metodologías (cibernética, análisis de sistemas) en el estudio de los comportamientos. Y la demostración de que tiene consecuencias prácticas utilizar el conocimiento que libera para criticar los usos de los conocimientos que oprimen, se encuentra en la vida y milagros de la generación del 68. Las ideas sobre cómo cambiar las relaciones personales y sociales que estaban en los libros de psicoanálisis y en los manuales de economía política, pasaron a la vida cotidiana. Proporcionaron razón y argumento a los movimientos juveniles. Inspiraron reivindicaciones que siguen vigentes. Una de ellas, que las revoluciones científico-técnicas se aplicasen a reducir las penurias y el embrutecimiento causados por la explotación económica. Y popularizaron diagnósticos freudomarxistas de la frustración, que también son válidos. Por ejemplo, cómo la autorrepresión del gozo convertía a niños felices, creativos y tolerantes, en adultos heridos, banales y agresivos. Aquel movimiento anti-represivo (y por consiguiente, antidepresivo) expresó su vitalidad en la forma lúdica que adoptaron las acciones juveniles, cuando pararon la guerra de Vietnam; cuando colocaron a la dictadura española frente a sus propios demonios.

Para mayor enseñanza de quienes acabaríamos ocupados en las paradojas de la comunicación: sucedía que el mensaje “atreverse a ser felices” era

revolucionario, pero quienes lo difundieron no lo eran. Llegó a asociarse con los jóvenes porque los medios de comunicación así se lo propusieron. La publicidad vendió “felicidad de ser joven” como valor atribuido a productos que, supuestamente, rejuvenecen los cuerpos y las almas. La obscena economía de mercado, que saca beneficio de lo que la niega, convirtió en iconos a los cantantes de la canción protesta, en moda los trajes hippies. Ciertamente, esa *recuperación* para el mercado, de las señas de identidad de los movimientos juveniles acabaría vaciando su contenido contestatario. Pero en su momento, amplió el sentimiento de que el gozo era posible y además liberatorio.

Para asombro y desilusión de quienes creyeron que Mayo del 68 era el inicio de la revolución permanente, cinco años después -a partir de la depresión económica del 73- nuestros referentes europeos ya estaban inmersos en la reconversión económica; cuyo desenlace sería la instauración del modelo llamado “neoliberal”. El neoliberalismo acaba con <la sociedad del bienestar> <del pleno empleo> Completa la entrega del control sobre los recursos materiales y sociales al capitalismo financiero, especulativo, por fin globalizado, es decir monopolístico e imperialista. La reconversión neoliberal ha ido haciendo realidad la pesadilla que temían los frankfurtianos: consuma la mercantilización de la cultura y el control de la producción social de comunicación para el dominio. De esa inmersión en la cultura que desilustra no se ha salvado ninguna sociedad; lo mismo que de la codicia especulativa no se ha librado economía alguna. Sin embargo, en España las utopías de Mayo tuvieron una moratoria porque estaban entreveradas con la transición política a la democracia. Ese periodo de gracia concluyó en 1982, cuando el país tuvo que reconvertirse para poder ingresar, cuatro años después, en la Unión Europea. El desembarco en U.E era un anhelado destino durante la larga travesía hacia las libertades. Y para quienes quedaron exhaustos, fue el momento de un merecido descanso. La sociedad civil volvió página y lo pasado encontró su lugar en el pasado.

La esperanza seguía dando aliento a la generación de profesores universitarios a la que yo pertenecía. Hubo otro tiempo anterior de la esperanza, cuando se instauró en España la República. Los intelectuales ilustrados se propusieron <la regeneración de la universidad>. Misión que consistía en vincular la teoría con la investigación y con la docencia; y todo ello, con la transformación de la sociedad. Fue un proyecto que no se pudo llevar a cabo en España

por la Guerra Civil. Pero se exilió con Giner de los Ríos y sus compañeros a México y encontró en la UNAM y en el Colegio de España (ahora de México) un nuevo destino. Medio siglo después -con la vuelta de la democracia- tan noble concepto de la ocupación académica conservaba su valor. La parte docente de esa regeneración quedaba restablecida al poder ejercer la enseñanza en libertad. Y a mí se me deparó ocasión de llevar ese principio a la práctica en el nuevo espacio académico que estaba creando. Tener libertad para hacer ciencia y docencia es el supuesto -imprescindible y no negociable- que puede consumir gran parte del esfuerzo de los universitarios. Pero esa lucha se asume, sabiendo que es la condición y no el fin de las regeneraciones académicas. El objetivo consiste en *crear ciencia para la libertad*. Una posibilidad poco frecuente que, sin embargo, a veces cabe llevar a cabo en algunos campos del conocimiento. Y como aquí contaré, volvía a presentarse en la misma Universidad en la que enseñaron los intelectuales republicanos, que era la mía, otra ocasión y un nuevo campo científico donde ejercer esa visión de la ciencia.

“Ciencia para la libertad” puede ser una consigna acientífica, del mismo corte que <ciencia para la salvación de las almas> Sin embargo también es el enunciado que dio origen a las ciencias sociales. Había aparecido precisamente en oposición a las teologías: para afirmar que el destino no estaba establecido por designios divinos y que los propios actores podían tomar en sus manos la conformación de su futuro personal y el de sus sociedades. Los Padres fundadores creyeron factible orientar los descubrimientos científicos y sus aplicaciones técnicas, a la construcción de nuevas sociedades donde vivir más libres y felices. Sociedades deseables, viables y necesarias; por lo tanto históricamente previsibles. Es decir, han propuesto utopías, si recuperamos el valor ejemplar que tiene el recurso a estas fabulaciones. De hecho las utopías ya han servido como guía de precedentes movimientos sociales. Bastará con recordar el papel que desempeñaron los programas enciclopedistas en la revolución francesa. Los primeros científicos sociales sabían que las alternativas utópicas están constreñidas por organizaciones mentales e institucionales que tienen que ser desactivadas. Por eso los cambios históricos deseables requieren que exista la ciencia y no solamente la conciencia de la liberación. Llamaron “sociología” al estudio que servía para identificar la naturaleza y las causas de esos impedimentos y para averiguar cómo podían ser removidos. Y la apedillaron “crítica” cuando el impulso liberador de la utopía embarrancó en el camino; toda vez que el conocimiento de cómo

operan los impedimentos mentales e institucionales, también se puede utilizar para reforzar los controles que dificultan la liberación. Se había aprendido desde los primeros pasos de la Revolución Francesa, que el uso de la Razón está condicionado por los intereses contrapuestos que se enfrentan en el seno de las sociedades. A partir de entonces y hasta ahora, parece que sin ciencias sociales puede existir la utopía, pero carente de la razón y del conocimiento que la hace realizable y en ocasiones de la eticidad que la hace deseable. Y resulta igual de cierto, que sin pensamiento utópico cabe hacer ciencia, pero no de los cambios sociales; se requiere de la utopía que proporcione los escenarios donde representar las opciones -políticas, éticas, racionales- de la acción social.

El proyecto de hacer ciencia para la libertad en el espacio de la comunicación -que es donde está mi puesto académico- pudiera haber sido otra más de las iniciativas voluntaristas que desaparecieron en la vorágine neoliberal que finalmente penetraría en las Universidades. Pero he podido continuar en ese propósito hasta ahora, porque la comunicación es actividad social indisoluble de la construcción del presente y de la transformación del futuro. Y porque los estudios de la comunicación tienen fundamento científico. Según me parecía y parece las ciencias de la comunicación pueden alcanzar la dimensión antropológica y la proyección histórica necesarias para mejorar nuestro destino.

12. Latinoamérica en el imaginario y en el encuentro.

Cuando estaba yo en estos empeños “*la Mediación Social*” comenzaba a tener una muy buena acogida en Latinoamérica. Con anterioridad se empleaban otros textos míos, e incluso se habían reproducido, para enseñar métodos de investigación. En cambio, este libro llegó como una referencia epistemológica. Profesores en universidades latinoamericanas que vinieron a visitarme, me sugirieron que organizase en Madrid un encuentro de directores de carreras de comunicación, porque existía un amplio consenso en Latinoamérica de que convenía rehacer los planes de estudios. EL ICI (Instituto de Cooperación con Iberoamérica) financió un evento en el que compartí visiones y trabajo con profesoras y profesores de Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, México, Perú, Puerto Rico; todas y todos, relevantes personas y desde entonces, de mi mayor aprecio. Los resultados de esa reunión que fue pionera, están publicados en un pequeño libro titulado “La enseñanza de la Comunicación en Latinoamérica”. Me quedó claro que las diferencias socioeconómicas y políticas a uno y otro lado del Océano,



encomendaban al estudio de la comunicación aplicaciones diferentes. En Latinoamérica hacía tiempo que se sabía, y se vivía, que para bien y para mal la comunicación pública orienta los cambios históricos. Esta perspectiva generaba la demanda de teorías <macro>. Tal vez esa es la utilidad que se le encuentra a *"la Mediación Social"*, que sirve para estudiar cómo se relacionan comunicación, acción social y organización social. Las Universidades de Madrid y de Barcelona no se habían sumado a la reconversión de las enseñanzas comunicativas para formar en habilidades instrumentales, que estaba en marcha en otros centros universitarios europeos. El enfoque <micro> que correspondía a este propósito, se reflejaba en la penuria teórica y la fascinación por las nuevas tecnologías. Dejé escrito que esas universidades europeas no eran conscientes todavía, de hasta qué punto la comunicación iba a cambiar las formas de vida y los comportamientos, en ese futuro del conocimiento y de la información, que ya se vaticinaba y ahora es nuestro presente.

Otro resultado de aquel encuentro fue el comienzo de los cursos para profesores e investigadores de Latinoamérica que pusimos en marcha en mi Departamento. Primero el ICI, más tarde el Ministerio de Educación y con el tiempo las instituciones educativas de varios países de Latinoamérica y ahora también de la Unión Europea, han proporcionado las becas. Esta es la primera iniciativa que se llevó a cabo en España en el campo de la comunicación, para abrir la universidad a ambos mundos.

Durante los años de lucha por las libertades se había ido fraguando una imagen de Latinoamérica basada en la solidaridad frente a la opresión; leída en la novela, oída en la música, vista en la artesanía. Esa aproximación reverdecía el imaginario español, que siempre tuvo su principal referencia en la otra orilla. Y mi imaginario personal también tuvo que ver con esas iniciativas de encuentro. En la rama gallega de mi familia, se habían ido "a hacer las Américas", generación tras generación, una saga de antepasados que eran "los segundones" de un título nobiliario, por lo tanto pobres y buscadores de honras, todos ellos perdidos en quien sabe que vorágines desde Terranova a la Patagonia. Y mi mitología americana venía de tiempo atrás. Hubo una época en la que andaba interesado en el papel desempeñado por los mitos del Renacimiento, en la primera emigración española a "las Colonias" y en su organización política.

Me fascinaron aquellos *iluminati* franciscanos, que huyeron desde Guadalajara (en Castilla) a la Nueva España, para buscar entre "los naturales"

la pureza que no encontraban en sus paisanos oprimidos por credos leyes y reyes; y sobre todo, el prometeico Vasco de Quiroga, que quiso probar que las tecnologías llevadas a México (de alfarería, metalurgia, carpintería, labranza) podían evitar la explotación, saciar los estómagos y la creatividad de los pueblos indígenas. Fueron Rusonianos antes que Rousseau, Falanstéricos antes que Fourier y Waldenistas antes que Thoreau. Brevemente, han sido los primeros hombres de la Modernidad que se atrevieron a intentar realizar la Utopía. Esos empeños y sus resultados, son lecciones de la historia repletas de enseñanzas para las ciencias sociales, que vale la pena estudiar y no solo admirar.

Una década después de la publicación de *"La Mediación Social"* fueron apareciendo en América los primeros escritos sobre mediaciones, en los cuales, otros estudiosos proponen sus propios planteamientos y objetos de estudio. Es la utilización de una obra que más honra a su autor porque la convierte en referencia paradigmática. El campo <mediación, comunicación, cultura, identidades> que comencé yo mismo cuando residía en Francia, se desarrolló en Latinoamérica; donde también se han realizado los trabajos más importantes sobre mediación y recepción. De este lado del mundo los análisis de las mediaciones se han aplicado sobre todo al papel que cumple en la producción y la reproducción (de las representaciones y las mentalidades, de los sistemas de comunicación, de las formaciones sociales)

13. Cuando la comunicación encuentra su sitio en la historia y entre los saberes

La comunicación tiene proyección histórica, puesto que está implicada en la existencia del presente y la construcción del futuro. Para explicar esa proyección hay que comenzar averiguando cómo se relacionan los cambios sociales con las innovaciones de los sistemas comunicativos. Así se identifican las etapas de la producción social de comunicación, desde sus orígenes asamblearios hasta las transformaciones virtuales que están en curso. En el libro que lleva ese título se analizan, tanto los factores socioeconómicos que han promovido las innovaciones tecnológicas de la comunicación, como la incidencia que dichas invenciones han tenido y tienen en la modificación de las sociedades.

Desde que aparece la imprenta el desarrollo de las tecnologías comunicativas está vinculado con las formas de transformarse que tiene el capitalismo, transformando las sociedades. Tales relaciones son lo bastante determinantes, como para identificar

algunas leyes históricas, que están enunciadas y descritas en dicha obra. Por existir leyes que regulan las maneras en las que las formaciones sociales incorporan las innovaciones comunicativas, puede existir una ciencia social de la comunicación. El conocimiento de esas regulaciones se utiliza para realizar análisis prospectivos. La prospectiva relaciona lo que se sabe -porque ya ha sucedido- con lo que puede acontecer. Y como el acierto o error de tales previsiones sobre el futuro, se acaba comprobando con el paso del tiempo, la prospectiva es metodología verificable, científica.

Del estudio de la producción social de comunicación nace una ciencia social (de la comunicación). Tiene por objeto explicar cómo la comunicación pública participa en la reproducción y en el cambio de las sociedades. Para interpretar cómo funcionan las interdependencias "comunicación sociedad", cuando están institucionalizadas, hay que generar el correspondiente soporte teórico. En "*L'Ordre du Monde a travers la T.V.*" y en posteriores publicaciones, había propuesto un criterio del que partir: las instituciones comunicativas operan con la información que transforma las visiones del mundo. Por su parte, las organizaciones sociales intervienen con las actuaciones que transforman el estado del mundo. En 1981 publiqué "Teoría de la comunicación, epistemología y análisis de la referencia" (conocido como <el libro blanco>). Un texto escrito con el propósito de que la teoría fuese materia enseñable. Con ese objetivo didáctico, incorpora tres capítulos relativos al "estado del arte" en el campo de los estudios de la comunicación, en los que dieron a conocer sus primeros escritos otros miembros de mi departamento. En <el libro blanco> expongo la teoría que concierne a aquellos sistemas comunicativos (SC) que están finalizados por las intervenciones de las organizaciones sociales (SS) y vinculados con los universos referenciales (SR). Es una teoría social de la comunicación, que se refleja en el tan difundido "modelo dialectico".

Esas interacciones institucionalizadas solamente existen en las sociedades humanas. Y sin embargo, para explicar su naturaleza resulta imprescindible teorizar sobre cuestiones básicas. En <El libro blanco> distingo entre actos ejecutivos y expresivos, entre comunicaciones instrumentales y referidas a los efectos, e identifico cuáles son los componentes que forman parte de todos los sistemas de comunicación. La teoría social de la comunicación requiere que se tenga claro, qué es la comunicación, cómo y para qué existe. Reclama la existencia de LA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

(con mayúscula) que fundamente todas las formas de comunicarse.

En dicho libro reitero que los estudios comunicativos tendrían un lugar propio, cuando exista teoría de la comunicación y no meramente sobre la comunicación. Cuando escribo estas líneas ya existe. Es específico de la teoría de la comunicación el campo de los comportamientos expresivos, o si se prefiere, indicativos, que son aquellos que hay que llevar a cabo para *referirse a* cuanto pueda ser mencionado. Pero quienes en aquellos tiempos se ocupasen de los fundamentos teóricos de la comunicación, recordarán que se vivía de prestado. La materia estaba troceada y en ocasiones disputada, entre múltiples perspectivas teóricas: informacionales, lingüísticas, cognitivas, estéticas, culturales, económicas, y algunas más, todas ellas importantes y ninguna específica.

La Teoría de la Comunicación tiene su lugar en el espacio del conocimiento donde confluyen las ciencias de la vida y del hombre. Existía sobrada evidencia de que los comportamientos comunicativos son un palier, primero de la evolución natural y más tarde de las transformaciones sociales. A más abundamiento: en la comunicación humana las dimensiones naturales y culturales operan al tiempo. Lo había comprobado cuando estudiaba las regresiones y los mecanismos de conversión. (De hecho la primera vez en la que hice referencia a dinámicas comunicativas, fue en artículos basados en estudios de psicología clínica) Ese traslado epistemológico requería la refundación teórica de los estudios de la comunicación.

La comunicación es esencial en el desarrollo de las sociedades, por ello, debe tener un espacio importante en el estudio de las ciencias sociales, pues manejarla, comprenderla y estudiarla es necesario para que las sociedades se reproduzcan y muten.

Así era de fascinante, el horizonte de creación científica que se ofrecía hacia 1980 en el campo de



los estudios de la comunicación, a quienes tentase explorar territorios desconocidos. Una ocasión para navegantes tocados del tanto de locura que se necesita, para embarcarse en un viaje epistemológico en el que era grande el riesgo de perderse.

14. Para explicar cómo es posible que la comunicación sea posible.

Lo que seguía era desarrollar el trabajo teórico que estaba proponiendo. Había anticipado cómo pensaba que podía hacerse la refundación teórica de las ciencias de la comunicación en “el libro blanco”. Lo cuento en el capítulo sobre los biologismos y los idealismos comunicativos. Ambos paradigmas son antropocéntricos, ya que establecen una divisoria infranqueable entre las capacidades humanas y animales. Pero el antropocentrismo había dejado de ser el fundamento de las ciencias del hombre y ese derrumbe se llevaba por delante, las teorías de la comunicación que habíamos recibido.

Mi propuesta para hacer teoría de la comunicación era que donde estaba el antropocentrismo estuviese la antropogénesis. La antropogénesis es el resultado de los procesos que nos han convertido en seres humanos. La humanidad se gestó en la evolución del medio natural y, desde que existe, continúa humanizándose con la transformación de las sociedades. La comunicación es parte de esos procesos desde sus orígenes y lo seguirá siendo mientras que permanezca nuestra especie.

Comencé en 1982 una obra en la que explicaba los orígenes de la comunicación, sus funciones evolutivas y las transformaciones que dieron lugar a la comunicación humana y con ello a la humanidad. Diez años más tarde, tenía escrito un texto que habría podido editar, si ya se hubiesen dado las condiciones científicas que hiciesen posible su validación. Había que esperar a que se cumpliese ese requisito, que era indispensable, ya que las teorías que se producen con criterios científicos tienen que ser verificables. Las ciencias de la vida y la paleontología aportaron la evidencia empírica y las metodologías que eran necesarias para poner a prueba esa propuesta teórica hace muy poco tiempo. Que fue cuando publiqué *“Teoría de la comunicación. La comunicación la vida y las sociedades”* (2007). Es el libro en el que creo que puedo explicar, como es posible que la comunicación sea posible.

Fundar la teoría de la comunicación en la antropogénesis es un giro científico, pero también axiológico. Proporciona bases objetivas a las éticas humanistas. En *“Teoría de la comunicación,*

la comunicación la vida y la sociedad” se descubre que la solidaridad es un factor selectivo. Porque las comunidades que han llegado a ser humanas durante la evolución y han perdurado como tales, se organizaron en base al altruismo y al empeño en humanizar sus sociedades rigiéndose por valores. Este resultado desmiente la explicación del origen de la humanidad que comparten los darwinismos sociales, que se lo atribuyen, al imperio de la ley de los más fuertes. Por lo que digo que la antropogénesis tiene una dimensión ética, la cual ha sido desde siempre, el Humanismo.

La antropogénesis transforma el mundo para que nuestras sociedades permanezcan; y cambia nuestras sociedades para que el mundo perdure. Esa difícil forma de supervivencia ha funcionado hasta ahora, porque la comunicación mantiene el vínculo solidario entre ser en sí mismo / y ser con los otros. En síntesis, la comunicación evolucionó como otra forma de asegurar la vida. La protección de aquellos que la Naturaleza habría eliminado, ha sido en primera instancia, la razón por la que tenemos valores y cultura. Está explicado en el libro y espero haber sabido demostrarlo.

15. Hacer ciencia de la comunicación cuando el mundo es referencia y la existencia se virtualiza.

Nuestra especie tiene la capacidad de controlar su entorno y sus propias comunidades. A partir de la industrialización, los efectos de tales acciones están reorientando los procesos naturales y sociales. La participación de esas intervenciones en el estado del mundo comienza a ser considerada por la epistemología. Hasta el punto de que la antropogénesis está en el horizonte científico de todas las ciencias que toman en cuenta sistemas afectados por las actuaciones humanas. Por ejemplo, si se ocupan de ecosistemas, poblaciones y demografía, sistemas comunicativos, tecnológicos; de la producción de cosas materiales y objetos simbólicos. En estos temas las Ciencias de la Naturaleza confluyen con las de la Vida y de las Sociedades. Son transformaciones epistemológicas que establecen nuevas relaciones entre los conocimientos.

El orden social que esté vigente en cada época, también se puede caracterizar por la forma en que solvente la reorganización de los saberes. Cabe mostrar que la globalización es, a escala epistemológica, ámbito de confrontación entre opciones humanizadoras y deshumanizadoras. Y así se cae en la cuenta de la transcendencia que tiene dicha confrontación, en las aplicaciones sociales

que se hagan de los recursos comunicativos/informativos

El tenaz empeño puesto desde el siglo XV en utilizar la innovación comunicativa como instrumento del progreso humano, alcanza en la actualidad sus objetivos. Ha llegado a término con la apropiación referencial del mundo, seguida por la virtualización de la existencia. La apropiación referencial del mundo significa que cualquier persona puede tener noticia, en imágenes y sonidos y al momento, de cualquier cosa que exista o que pase en cualquier lugar. He denominado "índex" (en honor a Pierce) a los signos que reproducen imágenes perceptibles / audibles de lo que hay o acontece, al tiempo que existe o sucede aquello a propósito de lo que se comunica. La virtualización de la existencia supone que se puedan realizar en el espacio cibernético interacciones y actividades que anteriormente solo cabía llevar a cabo presencialmente, en el espacio real. La comunicación referencial (en principio) abre un escenario donde lo que acontece puede ser conocido y comprendido sin depender del testimonio de los mediadores profesionales. Y la virtualización (en principio) aporta el acceso a las redes, la apertura a cualquier contenido, producible, reproducible, transformable, utilizable, por cuantas instituciones y personas sean *virtualizables*.

Comunicación referencial y virtual son invenciones relacionadas con la utopía iluminista del acceso universal a la información; y con la utopía comunista del uso compartido del conocimiento. Fueron los Iluministas quienes desde hace 250 años querían construir una sociedad del conocimiento, donde las tecnologías de la comunicación se utilicen para poner al alcance de todos la información que ilustra; que es aquella que saca de la ignorancia y del temor. Por su parte los movimientos comunistas asumieron que los avances científicos facilitarían que cada cual pudiese poner lo que sabía a disposición de todos los demás y recibir de ellos, cuanto necesitase saber. En resumen: son tecnologías que pueden ser utilizadas para globalizar la ilustración y la solidaridad.

Sin embargo, estas invenciones también sirven para usos que limiten e incluso invaliden las capacidades humanizadoras de <el progreso> comunicativo. Tal ambivalencia hace posible la aparición de visiones contrarias sobre el uso de las innovaciones tecnológicas, que se están enfrentando desde el principio de las revoluciones científico-técnicas. Por eso, al mismo tiempo que renacen las utopías, regresan las contrautopías. El neoliberalismo ha recuperado la contrautopia tecnocrática. Es una concepción <del progreso> que aparece

con la revolución industrial. Considera necesario "desmontar" (ahora se dice "deconstruir") las utopías y la crítica social. Supuestamente, los avances tecnológicos realizan las primeras y cancelan la segunda; bastaría (dicen) que el funcionamiento de las sociedades se ajuste al de las tecnologías y no al revés. Es la expresión de la mitología burguesa de un mundo unificado por el mercado y controlado por las máquinas.

La contraposición de los modelos utópico/ contrautópico se manifiesta en la gestión cotidiana. Así, en el ámbito de la comunicación referencial se contraponen producciones que objetivan, con otras que enajenan el valor de las cosas y de las personas. Y las aplicaciones de la virtualización que reúnen a las gentes para intervenir en actos colectivos, se confrontan con otras que desactivan la participación real en las actividades que controlan las sociedades.

Nuevamente se pone en juego si el uso social del conocimiento y de las técnicas deberá de basarse en criterios antropológicos o instrumentales. La utopía de la reconstrucción que humanice la sociedad, tiene su contrapunto en la contrautopia de la deconstrucción, que la instrumenta. Reconstrucción /versus/ deconstrucción, son operaciones mediadoras que esclarecen u oscurecen los vínculos: los vínculos entre naturaleza y sociedad, entre el individuo y la comunidad; entre lo privado y lo público; de la creación y la coerción; de la comunicación respecto a la intervención. Finalmente, de la razón con la ética.

Tanto el pensamiento utópico como el contrautópico se manifiestan en relatos donde se relaciona el estado del mundo con los valores y las necesidades. Los relatos de la comunicación pública, están dedicados en gran medida a la construcción/deconstrucción de nuestras creencias, esperanzas, deseos. Son modelos para guiar la acción y al tiempo, para conformar las identidades individuales y colectivas. Operan ligando en el desarrollo narrativo, lo que cabe hacer, con lo que se considera adecuado creer, esperar, desear. En "*L'Ordre du Monde a travers la T.V*" presento las metodologías lógicas que sirven para conocer las estructuras de los modelos mediadores. Desde entonces hasta ahora, se ha acumulado y editado, un volumen de análisis de las medicaciones comunicativas que abarca más de medio siglo.

El seguimiento de los relatos contrautópicos muestra los rasgos que comparten y les distinguen. Uno de ellos es el presentismo: se centran en <el ahora> Cortan o silencian los vínculos que tiene lo que hay o lo que sucede con <el pasado> y los que tendrá



“La humanización se está integrando en el hacer de las ciencias y en cambio se va desincorporando cada vez más de las prácticas sociales. Lo primero afirma el avance de la razón y lo segundo, el poder de la explotación.”

con <el futuro> Si bien se mira, el presentismo se corresponde con la reconversión neoliberal que, a partir de la crisis de los 70, ha ido *desconstruyendo* las seguridades. Es la operación mediadora que legitima las políticas que desmontan la estabilidad del empleo, la viabilidad de la vida en familia, la perduración de las ideas y valores. Esa desconstrucción ha dejado sin contenido el discurso referido “al porvenir” que se ha transmitido desde los inicios de la industrialización (y en España hasta hace unos años) en los hogares y en las aulas. Con ello el papel de familia y escuela en la socialización de niños y jóvenes se ha erosionando irreversiblemente. A partir los años 70 la mediación

comunicativa asume la función socializadora principal. Este dominio es muy explicativo del funcionamiento de la reproducción social a nivel de las identidades juveniles. Por eso, llegué a la conclusión de que el vínculo entre mediación comunicativa y socialización, era un objeto de estudio estratégico.

Tal vínculo podía ser objeto de investigación. Por ejemplo, se podía averiguar si la desconstrucción en los relatos audiovisuales, de los personajes juveniles, tenía su correlato en la vida, las relaciones y en las identidades de los jóvenes. Los estudios de juventud que llevamos a cabo la Profesora Olivia Velarde y yo mismo, dieron seguimiento a varias generaciones de jóvenes, entre ellas, las que iban llegando a su mayoría de edad en la década de los ochenta, que fueron las primeras que habían nacido cuando el televisor formaba parte del medio familiar. Nuestros informantes no habían leído a los autores de la desconstrucción, que proponían pasar de la historia, vivir sin proyecto y mantener el carácter esporádico y provisional de los afectos y las relaciones. Pero esa actitud presentista era un rasgo distintivo de estas promociones juveniles; y cada vez más generalizado en las que han seguido.

16. La medición comunicativa en la construcción del futuro

La mediación comunicativa participa en la producción/reproducción de conocimiento, de

organización y de comportamientos sociales. He venido dando seguimiento a como lo hace, por qué y con cuales consecuencias, desde que existe la televisión. Para mí, ese trabajo metodológico, teórico, sociohistórico, se completa y cierra con un libro que publicará Alianza editorial en unos meses, sobre la virtualización de la comunicación referencial y la construcción del futuro. Obra escrita, como las que la preceden, con el propósito de poder prever para saber hacer. Ese objetivo -al tiempo científico y ético, racional y utópico- recurre al método de análisis prospectivo utilizado en “*La producción social de comunicación*”

17. Los caminos hacia la inacabada, inacabable, humanización de la sociedad

Los iluministas valoraban el estado <de la Civilización> según el progreso hacia el humanismo. Creo que es esclarecedor continuar haciendo esa reflexión. Yo diría que la humanización se está integrando en el hacer de las ciencias y en cambio se va desincorporando cada vez más de las prácticas sociales. Lo primero afirma el avance de la razón y lo segundo, el poder de la explotación.

Cuando la sociedad entra en su cuarta revolución tecnológica, el progreso de conocimiento en numerosos campos, irá al paso que marque el avance de la antropogénesis. Son las ciencias que se van haciendo al tiempo que se rehace una humanidad cada vez más humana. Necesitaban un nombre y las he denominado “praxeológicas”. Y también es cuando se están utilizando las acrecentadas capacidades que ofrecen las tecnologías para la comunicación mediada, en contra de la utilización social del conocimiento que ilustra y emancipa. Función de control a cargo de las instituciones que informan y socializan, que estén controladas por poderes políticamente opresivos y económicamente desalmados.

Siguiendo con el proceder ilustrado: ese conflicto entre los avances del conocimiento que humaniza y el funcionamiento deshumanizador al que están sometidas las personas y las organizaciones, sería el tema de nuestro tiempo. Y en realidad, también lo es de todas las épocas ahormadas por los usos sociales de las tecnologías. Marx ya advertía que el triunfo de la ciencia se paga con un déficit de humanidad. Cabe añadir que, ahora, “la pérdida de humanidad” puede bloquear el desarrollo del conocimiento y no solo de la existencia.

Los científicos en general y los científicos sociales en particular podemos continuar con la tarea de *ilustrar* contribuyendo a que sean visibles tales

disociaciones; y sus causas comprensibles. Es cosa de quienes estamos en esta movida, hacer saber las ambivalentes capacidades que tienen los actuales sistemas informativos y comunicativos. *Ilustra* hacer saber que, desde que existen las tecnologías audiovisuales y virtuales, han renacido las utopías. Y que lo que se haga con la comunicación y desde la comunicación, contribuirá en mucho a la realización de las dos utopías del progreso -iluminista y marxista- sin duda las más nobles que nos ha propuesto la Modernidad. E *ilustra* hacer saber que también es el tiempo de las mediaciones comunicativas contrautópicas. Cuando en la comunicación pública se difunde más banalidad que conocimiento, más desinformación que información; se contribuye más a la violencia que a la tolerancia, más a la sumisión que a la liberación.

Las mediaciones comunicativas contrautópicas utilizan las acrecentadas capacidades de los sistemas de comunicación, para reforzar controles cognitivos y culturales que esos mismos progresos hacen innecesarios. Desprovistas de humanismo, inundan la cotidianeidad de conflictos y derrotas que globalizan la infelicidad. Insolidarias, alimentan prejuicios y estereotipos que vinculan la seguridad individual y colectiva al etnocentrismo, la xenofobia. Pero sobre todo son las mediaciones que legitiman la barbarie globalizada, cuyas señas son la imposición de la fuerza, la destrucción de recursos naturales y culturales.

La ciencia y la docencia de la comunicación no debieran de ser recursos que se instrumenten, desnaturalicen y deshumanicen para legitimar el control de las instituciones que instrumentan, desnaturalizan y deshumanizan. Tal utilización es acientífica, además de perversa. Porque la refundación epistemológica de las ciencias de la comunicación es una tarea que implica, promueve, la fundamentación ética de los usos sociales de la comunicación. La comunicación ha llegado al estadio en el que la solidaridad con quienes han de sucedernos es criterio de racionalidad; toda vez que la aplicación que desde ahora se está haciendo de las TIC condiciona la existencia de las futuras generaciones. Es uno de los primeros ámbitos en donde se ha hecho evidente que la teoría acertada se relaciona con la práctica justa. Se trata de un acontecimiento histórico y además epistemológico, que se estaba esperando desde hace más de dos siglos. Desde que Kant estableció al humanismo como criterio de razón, (además de ético) para orientar las acciones y las relaciones colectivas. Criterio mantenido por los herederos de las "críticas" kantianas de la razón y de las

costumbres. Que son quienes están en el empeño de esclarecer/reconstruir lo que la racionalidad instrumental -que nos utiliza como meras cosas- oscurece/desconstruye. Son quienes indagan la razón y la sinrazón de nuestro modo de producir y de reproducir a los sujetos, a las comunidades, a sus bienes materiales y simbólicos. Las cuestiones que, en mi opinión, despejan los caminos hacia la inacabada, inacabable, humanización de la sociedad.

La historia deja constancia de que a la humanidad acaba incorporándose el potencial humanizador de los conocimientos y de las tecnologías. En lo que se refiere a las innovaciones comunicativas, también ha terminado siendo realizable casi todo lo que hacían posible. En todo caso, esa incorporación no se ha completado en tanto que detentaron el poder las instituciones que lo impedían. Recuérdese que hicieron falta más de cuatro siglos de revoluciones burguesas para liberar el acceso a la información y al conocimiento que permitía la imprenta. Puede suceder que los cambios históricos requieran en esta ocasión plazos menos largos. Ciertamente la comunicación referencial y virtualizada, han contribuido al dominio -tan rápido y global- del capital financiero, especulativo y militarista. Pero tan excepcional expansión, puede ser paradójicamente, signo de que el colapso de este sistema político llegará en menos tiempo, que el de los regímenes que le han precedido. He mostrado que cuanto más depende el funcionamiento del régimen vigente, del recurso a la forma actual de producir y utilizar el conocimiento y la información, tanto más se amplifican las contradicciones. Aunque sería insensato olvidar que el desorden que está generando el denominado nuevo orden mundial, puede llegar a tener tal magnitud, que sumerja a la humanidad en otra larguísima edad media. En este escenario hacer ciencia es, como siempre ha sido, poner la razón donde reine la ignorancia. Y además, es armar de razón a las sociedades, para enfrentarse con fuerzas ciegas y sordas, pero poderosas además de ignorantes, que pueden destruirlo todo.

Lectora, lector que por interés o deferencia habéis llegado hasta este punto final, ahora sabéis por qué escribo que nuestro tiempo es el tiempo de hacer ciencia para la libertad; por qué la procuro y cómo contribuye a la humanización. Comprobáis que proporciona soporte racional a la conciencia social, cuando os puedo devolver, renovada y confirmada, la convicción ética que dio origen a las utopías todavía vigentes: que la humanidad aparece y se perpetúa cuando la libertad individual y la solidaridad colectiva son conciliables. ㊦

